

Notas de Santo Domingo de Silos

DOS NUEVAS INSCRIPCIONES

Al efectuarse en el año 1935 la restauración de la escalera llamada *de las Virgenes*, que conduce del claustro inferior a la iglesia, reponiéndola en su primitiva forma según los estudios y planos realizados por los mismos monjes, se hallaron dos inscripciones interesantes que bien merecen inscribirse en el *Boletín de la Comisión de Monumentos*.

La primera fué recompuesta, no sin algún trabajo, con los fragmentos del ábaco que coronaba al capitel y columna que sostenía al doble arco, los cuales fragmentos han sido repuestos en el nuevo ábaco, ya sin capitel, y sobre la pilastra que sustituye a la columna primitiva. Es un epigrama en dístico leonino, y dice así:

MIRETVR. MVNDVS. QUOD.
TANTVM. SVFFERO. PONDVS.
MAVRVS. CONQERITVR. FORTIS.
VT. HIC. LEGITVR.

Admírese el mundo de que sostenga tal peso.

El robusto moro se queja, según aquí se lee.

El capitel debía representar a un moro en ademán de sostener sobre sus hombros la carga del aludido doble arco. Por el tipo de letra corresponde a principios del siglo XII.

La segunda inscripción se halló bajo el ábaco del poste más próximo a la estatua de la Santísima Virgen, llamada vulgarmente *Nuestra Señora de Marzo*. Contiene el epitafio del abad Domingo II, compuesto en hexámetros leoninos:

O. ABBAS. DNIC. JACET. HIC.
DEITATIS. AMICVS
ENS. DNI. CVLTOR. VICTOR.
PROVIDVS. VLTOR.
VT. SONAT. ABBA. PATER. IN. FRE,
FIT. IN. PATRE. FRATER.
XPE. LOCA. CAELIS. HVNC. MEQ.
MANV. MICHAELIS.
OBIT. PDIE. KLS. SETEBR. ERA.
M.CC. L. XX. VII.



Obiit Abbas Dominicus, jacet hic.
Deitatis amicus,
Ens Domini cultor, vitiorum
Providus ultor,
Ut sonat Abba, Pater in fratre
fit, in patre frater.
Christe, loca caelis hunc meque
manu Michaëlis.
Obiit pridie kalendas Septembris, era
1277.



Murió el abad Domingo, yace aquí. Fué amigo de Dios, siendo celoso por su culto. Fué también censor diligente de los vicios. Tal como suena se mostró verdadero abad; padre para sus hermanos y hermano siendo padre. ¡Oh Cristo!, coloca a éste y a mí en los cielos por la mano [o la intercesión] de San Miguel arcángel. Murió la vispera de las kalendas de Setiembre de la era 1277, o sea el 31 de agosto del año 1229.

Ya era conocido este abad por las numerosas donaciones que en su tiempo hizo al monasterio el rey San Fernando, pero se ignoraba

la fecha exacta de su muerte, como se ignora el año en que empezó su gobierno, entre 1200 a 1213. Al pie de la inscripción se halló un antiguo sepulcro de piedra con algunas esculturas, el cual se extrajo. Debe corresponder al de nuestro Domingo II.

EL «CASTRUM» DE YECLA

En el año 1937 los jóvenes monjes, haciendo excavaciones durante el paseo de los jueves, en el alto de la Yecla, bajo la dirección del Director y creador del Museo arqueológico de la abadía, R. P. Satorio González, descubrieron multitud de objetos en bronce, hierro, hueso, y variedad de fragmentos de cerámica, de los cuales unos pertenecen a la época de los Celtas, o siglo octavo antes de Jesucristo, y otros a la visigótica, siglo séptimo de nuestra era. Como de todo ello aparecerá en breve un estudio preparado por dicho P. González, a él remitimos a nuestros lectores.

I. R.

BIBLIOGRAFIA

JIMENO Y JIMENO (PASCUAL DOMINGO). *Bosquejo histórico de la Farmacia monacal de Santo Domingo de Silos.*

El autor de este trabajo, que fué leído en la sesión celebrada por la Real Academia de Farmacia el 15 de Junio de 1936, se ha publicado ahora en los *Anales* de la Academia, y luego en folleto aparte, que acaba de imprimirse.

Conocido de los lectores de este BOLETIN el Sr. Jimeno y representante de nuestra Comisión en Peñaranda de Duero, merece por su último trabajo un aplauso que gustosos le tributamos. Su labor, ya cuantiosa en orden a la historia de la Farmacia, es tanto más de alabar por vivir el autor aislado en una villa pequeña, donde no hay elementos de trabajo ni estímulos de ningún género.

La farmacia de Santo Domingo de Silos era famosa, su botamen bastante bien conservado, le admiran quienes visitan aquel Monasterio; pero habiéndose escrito tanto, últimamente, acerca de éste, apenas nadie se había ocupado de su botica.

El estudio de nuestro colaborador consta de cuatro capítulos.

En el primero: «Orígenes de la primera botica y hospital de Silos» se recogen bastantes noticias curiosas.

El que se rotula: «Fr. Isidoro Saracha, botánico y farmacéutico», es el más extenso. Fué Fr. Isidoro, nacido en Casa la Reina, un monje estudiosísimo que, en el siglo XVIII, regentó la farmacia y profundizó los estudios botánicos, herborizando en la región y contribuyendo a los progresos de la botánica española, tan cultiada en aquella centuria, y, con sus envíos, a enriquecer el Jardín botánico de Madrid. Su fama fué grande, y en su honor se dió a un género de plan-

tas el nombre de *Saracha*. Organizó además la biblioteca de la botica, con más de 300 volúmenes.

El tercer capítulo: «Postrimerías de la farmacia.—El P. Fulgencio Palomero», se refiere a los tiempos de la guerra de la Independencia y los de la desamortización, cuando disuelta la comunidad, quedó como cura de Silos y encargado de la farmacia, cargo que ocupó 43 años, el P. Palomero.

Finalmente, con el título «La Farmacia en la actualidad», habla de la colección de botes, aún conservada, y los pocos medicamentos antiguos que se han salvado, y hace una enumeración de los principales libros de la oficina, de los cuales da el Sr. Jimeno detalladas pa-peletas.

Tal es el trabajo de nuestro entusiasta colaborador. ¿Cuántos hombres como él, aun desde pueblos poco importantes, trabajando sobre los archivos, recorriendo sus comarcas, escudriñando e investigando, podrían contribuir, modesta pero útilmente, al mejor conocimiento de nuestra historia?

E. G. DE Q.

GOY, P. ANDRES, C. SS. R. *El Espino y su comarca a la luz de sus archivos*, con un prólogo de Fr. Justo Pérez de Urbel, e ilustraciones de Montserín.—Madrid.—1940. (8.º, 307 págs.)

La bibliografía burgense se acrecienta con este bellissimo e interesante libro, en el que al mérito de la forma se junta el del sujeto desarrollado. Le precede, cual deslumbrante pórtico, la prosa flúida e instructiva de Fray Justo Pérez de Urbel que sintetiza el objeto y contenido de la obra, ponderando su valor. Dice así: «Un religioso re-dentorista de la comunidad que ahora habita aquel lugar sagrado [de Nuestra Señora del Espino], con alma de investigador, con paciencia de monje, con cariño de hermano para con los antiguos pobladores del monasterio benedictino, se había encerrado en el archivo ..había descifrado la difícil maraña de la letra procesal de los pleitos y los contratos, de los privilegios y las donaciones.. y aquí está la mi-

nuciosa e instructiva historia de Nuestra Señora del Espino, mucho más afortunada que otras muchas abadías que antaño la mirarán, como se mira a una hermana más pequeña y menos agraciada».

Primero una descripción del escenario, montañas gigantes, picos escarpados, rincones apacibles... Aquí encuentra el historiador colonias y huellas de ermitaños desde la época más remota, desde los tiempos oscuros en que Castilla no había nacido. Pero no es esto lo que le interesa; pasa rápidamente los siglos para ir en busca del arbusto, en que la belleza de María se revela a todas esas tierras del Ebro... Es en los últimos años del siglo XIV... cuando se enciende también aquí, entre los límites de Burgos, de Alava y Vizcaya, esta fogata de vida espiritual y de material renacimiento.

Alborea la España imperial de las águilas y las flechas. Todos conocemos las gestas de sus héroes... pero tal vez no nos hemos parado a estudiar la vida humilde de sus campos y aldeas, y tareas cotidianas de sus labriegos artesanos, los anhelos y preocupaciones, los intereses y los pequeños problemas de los concejos y las parroquias en que se formaban los espíritus y se templaban los corazones de aquellos hombres extraordinarios. Por eso importa que se multipliquen monografías como ésta, en que se recoge el palpitar más profundo del pueblo que domina la tierra.

Sobre el espino surge el altar, el altar es el corazón de una ermita, la ermita se transforma en basílica; brilla el arte gótico con sus filigranas más finas, aparece el claustro, cruzado por las sombras silenciosas de los monjes, se alzan rumores de multitudes, arden luces de fiestas y romerías, acude la nobleza del país, pasan los juglares y los poetas, y los peregrinos y los penitentes, los pícaros y los soldados vienen a marcar sus huellas en el pórtico del santuario... No faltan tampoco los celos y los egoísmos, pleitos con los clérigos de las parroquias cercanas, roces con procuradores de otros conventos, atropellos y violencias de magnates, protestas y susceptibilidades de los judíos de Santa Gadea...

Esta es la historia que nos ofrece el presente libro; el palpitar de la España antigua aparece recogido en ella con solicitud admirativa y optimismo juvenil. Al relato del historiador se junta la frase arcaica del pergamino, poniendo en la obra el confortante aroma de la anti-

güedad; estatutos de cofradías, cláusulas de procesos, acentos absolutos de cartas y órdenes reales, relatos ingenuos de cronistas monacales. Gratamente, insensiblemente recorreremos a través de estas páginas el camino siempre cambiante de los siglos: el XIV, siglo de la aparición y de la fundación; el XV, en que el santuario empieza a extender su influencia por los contornos; el XVI, caracterizado por ricas donaciones, por el brillo externo y por la reforma interior; el XVII, siglo de los privilegios y de los pleitos; el XVIII, apagado, anodino, sin ímpetu y sin grandeza. Y nos parece como si el pequeño monasterio burgalés reprodujese en miniatura el desarrollo de la patria desde los comienzos de la edad moderna.

Hasta que llega el siglo XIX con sus revoluciones y sus leyes desamortizadoras. Las antiguas instituciones se derrumban. Queda rota la serie de los abades del Espino. Años de silencio y de muerte... pero llegan los nuevos Capellanes de la Aparecida, los hijos de San Alfonso María de Ligorio; conservadores del monumento, custodios del santuario; ellos escribirán la historia del pasado y harán la historia del porvenir».

La trascripción de este vibrante prólogo de Fr. Justo Pérez de Urbel, es sin duda la mejor bibliografía que de la obra que encabeza, podemos hacer.